

cios que para esto hay (demás de lo que está dicho) basta tender los ojos por todo el mundo, no solo por tierras de infieles y paganos (que viven como bestias siguiendo los apetitos de su carne), sino también por las ciudades y tierras de cristianos, que tienen fe, y sacramentos, y doctrina, y conocimiento de otra vida, y adoran un Dios que murió por matar el pecado y desterrarlo del mundo. Y con todo esto hallará ser tanta la muchedumbre de los malos, que en cada lugar se podrán contar por los dedos los hombres que viven en temor de Dios; y todo el resto dellos no trata más que de lo presente, que sirve para esta vida, y para el regalo de su carne, sin tener cuenta con Dios, ni con la salvación de sus ánimas, ni con cosa de la otra vida. Por lo cual dijo Salomón que era infinito el número de los locos (o).

Esto pues basta para entender cuán grande y cuán mortal haya sido aquella lanzada y dolencia del género humano, y cuán grande había de ser la medicina que fuese poderosa para curar un mal tan universal, tan antiguo, tan envejecido y tan arraigado en todos los senos y potencias de nuestra ánima, y tan confirmado con los malos ejemplos de todo el mundo. Y quien esto considerare, no extrañará el misterio de la Encarnación y Pasión del Hijo de Dios, y la medicina de los sacramentos; porque mal tan grande y tan extraordinario (ya que Dios por las entrañas de su misericordia quería curarlo), extraordinarios remedios pedía; pues ni aun con todo esto han cesado del todo los males.

Ni bastaba para esto la lumbre de naturaleza, ni la de la ley escrita (como ya dijimos); porque estas no hacían más que alumbrar el entendimiento con el conocimiento del bien y del mal: lo cual no bastaba, porque la principal parte de la dolencia más estaba en la desorden y rebeldía de nuestro apetito, que en la falta del conocimiento. Y por esto la medicina que se aplicaba al entendimiento no bastaba para curar la llaga de nuestra rebelde voluntad. Pues para la cura desta llaga mortal ninguna medicina había más eficaz que el misterio de la Encarnación y Pasión de nuestro Salvador, como luego se declarará.

## CAPITULO IV.

Del remedio desta dolencia, que fué la perfecta satisfacción y redempcion de Cristo.

Estando pues el hombre en este tan miserable estado, y pudiéndolo Dios dejar en él, no lo quiso hacer; sino usando de su infinita bondad y misericordia, determinó darle remedio, y así aquella summa bondad que lo movió á criarlo, le movió á remediarlo, y esto por la más alta manera que podía haber. Porque este fundamento se ha de presuponer así en esta obra de Dios como en todas las demás, que communmente no trata él de lo que podría hacer de su poder absoluto, sino de lo que conviene á la rectitud y orden de su sabiduría, de su bondad y de su justicia, para que todas sus obras sean perfectas, como él lo es. Lo cual señaladamente guardó en esta obra de nuestra redempcion, por ser esta la más excelente de todas. Y con esto se responde á las preguntas que los hombres ignorantes suelen hacer acerca deste misterio, diciendo: ¿no pudiera Dios remediar al hombre por otros medios, sin tanta sangre y tanta costa suya? A esto fácilmente respondemos que lo pu-

(o) Ecl. 1.

diera hacer; mas (como está dicho) nunca mira él á lo que puede, sino á lo que conviene á la rectitud y orden de su sabiduría, de su bondad y de su justicia.

Para cuyo entendimiento se ha de presuponer lo que en otras partes está dicho: conviene saber, que nuestro Señor en todas sus obras pretende dos cosas, que son gloria suya y provecho del hombre. De donde se concluye que la obra de Dios en que estas dos cosas más perfectamente se hallaren, esa será más propia y más digna del. Pues esto es lo que con su favor y ayuda trataremos en esta tercera parte, declarando cómo en esta obra de nuestra redempcion se hallan más perfectamente estas dos cosas, que en cuantas hasta hoy tiene hechas y puede hacer. Y primero trataremos de lo que toca á la gloria de Dios (como cosa más principal), y después de lo que pertenece al provecho del hombre. Mas de tal manera probaremos esto, que á vueltas dello trataremos de lo que sirve para despertar nuestra devoción y amor deste clementísimo Redemptor.

## §. I.

Cómo proveyó nuestro Redemptor perfectísimamente por este misterio á la gloria de su eterno Padre.

Comenzando pues por la primera cosa (que es lo que toca á la gloria de Dios), convenia para esto satisfacer en todo rigor de justicia á la Majestad ofendida por los pecados de todos los siglos, presentes, pasados y venideros, así actuales como originales; los cuales cuanto es de parte de la especie humana, no repugna ser infinitos; y lo que más es, cada pecado mortal es de gravedad infinita, por ser ofensa hecha contra Majestad infinita: pues nos consta que cuanto la persona ofendida es de mayor dignidad, tanto la ofensa es de mayor gravedad.

Pues ¿quién había de ser poderoso para satisfacer á la Majestad ofendida con tan gran número de ofensas, y todas de gravedad infinita? Claro está que el miserable hombre no era poderoso para satisfacer en rigor de justicia por un solo pecado, cuanto más por tantos. Porque además de otras manquéras y defectos que en él había, estaba en desgracia y enemistad de Dios, y era, como el Apóstol dice (a), hijo de ira; y de tales personas no acepta Dios servicio ni sacrificio, como no aceptó el de Caín porque estaba en su desgracia (b).

Tampoco ni podía ni debía satisfacer algún ángel, por muchas razones. Porque primeramente no era cosa decente que la culpa fuese de una naturaleza, que era la humana, y la satisfacción de otra, que era la angélica. Y demás desto el ángel es criatura, cuya virtud es limitada y finita, y es también persona particular; y por ambas causas no puede por tela de justicia satisfacer por deuda universal, y tantas veces infinita. Y sobre todo esto ya que él pudiera satisfacer y redimir al hombre, no era razón que quitase Dios esta gloria de sí, y la diese á una criatura. Porque como él sea dador de todo nuestro bien, á él quiso que lo debiésemos todo, y lo amásemos por todo: conforme á lo cual se celebra aquella sentencia de Sant Anselmo que dice: Porque no repartiésemos el amor entre Criador y Redemptor, el mismo Señor quiso ser tu Criador y tu Redemptor.

Tenemos pues aquí declarado cómo ni el hombre ni el ángel podían descargar esta deuda. Por donde siendo la deuda (como está dicho) infinita, necesario es que la paga y satisfacción sea también infinita, para que haya

(a) Ephes. 2. (b) Gen. 4.

proporción entre lo uno y lo otro; porque de otra manera no se guardaría rectitud y orden de justicia; es luego para esto necesaria virtud infinita. Pero esta no se halla en las criaturas, sino en solo el Criador, mas este ni puede satisfacer ni merecer; porque estas son obras de otra naturaleza inferior, cual es la del hombre. Pues ¿qué remedio, Señor, para que por términos de justicia sea el hombre remediado? ¿Dónde halláremos remedio para esta dificultad, pues ni en el cielo ni en la tierra (esto es, ni en los ángeles ni en los hombres) lo hallamos?

Donde faltó el remedio de las criaturas, no faltó el del Criador, á quien ninguna cosa es imposible. El pues halló medio para esta tan grande dificultad; y el medio fué digno de su infinita sabiduría, é inmensa bondad y misericordia; y este fué juntar nuestra humanidad con el Verbo divino en un mismo supuesto; para que dél se comunicase á la naturaleza humana virtud y gracia infinita para satisfacer por deuda infinita, cual era la nuestra. De modo que de la una naturaleza se tomó el poder merescer y satisfacer; de la otra el causal de la gracia para poder perfectamente satisfacer, y por esta vía la satisfacción fué perfectísima y plenísima en todo rigor de justicia, por la dignidad infinita de la persona que satisfacía. Y con ser tan perfecta la justicia, no fué menor la misericordia; porque todo lo que pagó y mereció el Hijo, se comunicó de pura gracia al siervo; y así se hallan en esta obra justicia y misericordia en summo grado de perfección; lo cual por otra vía no se podía hallar. Porque si Dios perdonara de pura gracia, hubiera aquí misericordia, mas no justicia; pues tan grandes ofensas quedaban sin castigo. Pero si las castigara como lo merecían, no quedaba lugar á la misericordia; mas por este camino se halló medio para que estas dos hermanas y compañeras perpetuas de todas las obras divinas se hallasen juntas, encargándose por su inmensa caridad el Hijo de Dios de la justicia, y ofreciendo al siervo la misericordia. Y desta manera quedó Dios perfectamente satisfecho y honrado, y el hombre á costa ajena copiosamente redimido y librado.

Pues desta misericordiosa unión de las dos naturalezas divina y humana procedió esta perfecta satisfacción. Porque el pobre hombre debía, y no tenía con qué pagar; Dios podía pagar, mas ni debía ni podía satisfacer; pero haciéndose Dios hombre, en él tenemos deudor y pagador; pues el hombre debe, y Dios le comunica su virtud para que pague. Y desta manera en la misma naturaleza humana en que se cometió la culpa, se halla el remedio y medicina della, y el hombre con esto queda más honrado; porque si hombre fué el que pecó, hombre también fué el que nos redimió.

## §. II.

Admirable proporción que halló la divina sabiduría en este misterio entre la satisfacción y la culpa, saqueando al demonio por vía de justicia.

En esta manera de remedio, demás de lo dicho, resplandescen maravillosamente la orden de la sabiduría y justicia divina; porque ordenó ella que por el camino que entraron nuestros males, entrasen también nuestros bienes; y que como el pecado y la muerte vinieron por culpa de uno, así la justicia y la vida viniesen por la sanctidad de otro. Porque no era razón que fuese de menor eficacia la sanctidad para remediar, que la culpa para dañar; ni que fuese menor el reino de la misericor-

dia que el de la justicia; y pues la justicia se extendió á condenar á muchos por la culpa de uno, se extendiese también la misericordia á salvar á muchos por la sanctidad de otro.

Ni faltan aquí otras admirables conveniencias, por las cuales se ve con cuánta orden de justicia fué el pecado descargado, y el hombre redimido. Porque así como la soberbia de aquel primer hombre, que siendo puro hombre, quiso usurpar la semejanza de Dios, nos condenó á todos; así la humildad de otro hombre, que siendo verdadero Dios, se abajó á tomar la naturaleza de hombre, nos hiciese (cuanto es de su parte) salvos á todos. Porque no era posible hallarse humildad que tan derechamente se contrapusiese á aquella soberbia, que esta. Asimismo como la desobediencia de aquel hombre que estando por ley de naturaleza sujeto á Dios, se eximió della, nos dañó á todos; así la obediencia deste segundo hombre, que por esa misma ley estaba exempto de toda subjección, ganase el perdón y la justificación para todos; y, según dice el Apóstol (c), como por aquella desobediencia se hicieron muchos pecadores, así por esta obediencia se levantarían muchos justos.

Desta manera pues ordenó la divina sabiduría que hubiese esta maravillosa proporción y correspondencia entre la satisfacción y la culpa. Lo cual elegantemente declara Eusebio Emiseno en una homilía de la Pascua, donde hablando en persona del mismo Redemptor dice así: Extendió su mano atrevida el hombre desobediente al árbol vedado; extendamos nosotros nuestras inocentes manos en el árbol de la Cruz. Por medio del madero se cometió la culpa; por medio de otro madero sea quitada. Pecó el hombre cebado con la suavidad del árbol que le era prohibido; páguese la culpa desto con la hiel y vinagre que se bebió por ella. Está el hombre condenado por la culpa de la soberbia, por la cual pretendió usurpar la semejanza de Dios; pues para esto humillésemos nuestra divinidad por la culpa de aquella soberbia, y ofrézcase la Majestad por el crimen cometido contra esa Majestad. Sobre todo esto, el hombre es deudor de muerte, y esta deuda conviene que se pague. Para esto tomáremos naturaleza mortal, y ofrecerémos nuestra muerte por esta muerte. Y porque el demonio no tenga que alegrar contra su captivo, él extenderá sus manos malvadas en el árbol de la vida, para que por dos títulos quede el hombre redimido; esto es, por la sangre del Crucificado, y por la maldad del demonio que la muerte le procuró. Desta manera por medio de nuestra pasión quedará el demonio condenado, y el hombre por ella misma libre. Hasta aquí son palabras de Eusebio; en las cuales, demás de las otras singulares conveniencias, vemos esta: que es haber sido el hombre librado del demonio, no solo por el poder de Cristo, sino también por título de justicia; y que como él venció al hombre por engaño, así él también fuese engañado. Para lo cual es de saber que como Dios concedió al hombre comer de todos los árboles del paraíso, excepto uno, así permitió al demonio que llevase todos los hombres concebidos en pecado á su reino. Mas como esta licencia se le diera por el pecado, quedaba exempto della quien fuese libre del pecado. Mas el demonio viendo á Cristo sujeto á penalidades y muerte (que nos vinieron por el pecado) creyó que él también era pecador como los otros; y así le procuró la muerte. Y porque procuró la muerte al hombre

(c) Rom. 5.



que le era vedado, justamente mereció perder todo lo que tenía poseído; y así el hombre captivo quedó por título de justicia de su poder librado. Lo cual divinamente representó Dios al santo Job por estas palabras (d): ¿Por ventura, dice él, serás tú poderoso para prender á Leviatán (que era el mayor pece de la mar) con un anzuelo, como yo lo prenderé? Este gran pece es figura del demonio; el cual Dios prendió con su anzuelo. Este anzuelo fué Dios humanado, cuyo cebo era aquella sagrada humanidad, subjecta á las penalidades desta vida mortal, que nos vinieron por el pecado; mas el garfio de hierro era lá potencia de su divinidad, que con este cebo estaba cubierta. Viendo pues el demonio aquella sancta humanidad subjecta á estas penas, creyó que aquel hombre que veía penado, era también culpado; y así por medio de sus miembros le procuró la muerte; porque no entendió que debajo de aquella naturaleza mortal estaba la inmortal; y así mordiendo él en ella, quedó mordido; y acometiendo al cebo quedó preso en el anzuelo. Y desta manera pescó Dios y prendió esta gran ballena que tragaba casi todo el mundo, y sacó de su reino aquel rico despojo de los sanctos padres, que en parte de su reino por culpa del comun pecado estaban detenidos. Y así el que engañando venció al hombre, siéndole por Cristo engañado, quedó vencido y saqueado.

Hay también aquí otra conveniencia singular, que es haber tomado el Salvador armas del mismo demonio para vencerle. Porque por el pecado introdujo el demonio la muerte y las penalidades en el mundo, y tomando Cristo en sí estas penalidades y muerte, venció al demonio que las había acarreado. Por lo cual dice el Apóstol, que con el pecado destruyó el pecado (e), queriendo decir, que tomando en sí las penas que trajo el pecado, nos redimió y alcanzó perdon del pecado. Y esto es cortar la cabeza á Golias con la misma espada de Golias (f).

### §. III.

Provecho y dignidad del hombre, á que proveyó Dios por este soberano misterio.

Es tan admirable este medio que la divina sabiduría escogió para nuestra salud, que por cualquier parte que lo miremos, siempre halláremos en él singulares conveniencias y beneficios que por él se nos comunican. Porque primeramente por él nos proveyó el Padre eterno de un perfectísimo reconciliador, y fidelísimo medianero entre sí y los hombres, para hacer firmes y eternas paces entre Dios airado y los hombres culpados; porque la condicion del perfecto medianero es que sea fiel y grato á ambas las partes. Pues ¿quién mas fiel que el Hijo de Dios: fiel y grato á Dios, porque era verdadero Dios; fiel y grato á los hombres, porque era verdadero hombre? Y así él fué el que hizo estas firmísimas paces y amistades entre Dios y ellos, y por esto dice el Apóstol que el Padre eterno nos hizo agradables y amigos suyos por medio de su amado Hijo (g). Porque ¿quién otro nos había de hacer gratos y amigos, sino este tan grande amigo? quién sanctos, sino este Sancto de los sanctos? quién justos, sino este que es la misma justicia? quién hermosos, sino este summamente hermoso? quién finalmente hijos adoptivos de Dios, sino el natural Hijo del mismo Dios?

Por este mismo medio nos proveyó también el Padre

(d) Job. 40. (e) Rom. 8. (f) 1. Reg. 17. (g) Ephes. 1.

eterno de un fidelísimo y acceptísimo abogado y sacerdote ante su divino acatamiento, no solo para alcanzarnos perdon de los pecados, sino también para el remedio de infinitas necesidades y miserias que nos aprietan y cercan en esta vida, la cual con mas razon se podia llamar muerte prolija, que vida. Pues ¿qué mejor abogado, qué mas fiel y poderoso sacerdote que el Hijo de Dios, el cual representando al Padre aquella sagrada humanidad que tomó por nuestra causa, y aquellas preciosas llagas que padeció por su obediencia, está siempre abogando y intercediendo por nosotros?

Por este medio también el hombre que estaba abatido y hecho semejante á las bestias (cuyas obras imitaba), fué honrado y en parte levantado sobre la dignidad de los ángeles, pues como dice el Apóstol (h), no tomó el Hijo de Dios la naturaleza angélica, sino la humana. Por donde así como cuando casa una mujer pobre con un rey poderoso, todos los parientes della quedan honrados, así habiéndose el Rey del cielo desposado con la naturaleza humana con tan estrecho vínculo, que en ambas naturalezas no hay mas que una sola persona, todos los hombres quedan ya tan honrados, que pueden decir con el Profeta (i): Tú eres, Señor, mi gloria, y el que me has hecho levantar cabeza.

### §. IV.

Eficacia desta satisfacción de Cristo.

Mas agora es bien que entendamos la eficacia desta satisfacción, para que así crezca en nosotros la esperanza de la gracia y del perdon. Es pues agora de saber que nuestro Señor Dios para aceptar y gratificar mas nuestras buenas obras, mas respecto tiene á la persona que las hace que á las mismas obras, y por eso se dice que miró Dios á Abel y por él miró á sus obras; mas en Cain no tenía que mirar, y por eso tampoco miró á sus dones. Pues por aquí entenderá el hombre cuánto agradó al eterno Padre el sacrificio de su unigénito Hijo, si considerare la grandeza del amor con que el Padre le ama; ca le ama con infinito amor, á male tanto cuanto ama á sí mismo, pues en él ve su misma substancia y hermosura. De donde se infiere que mas ama el Padre á este Hijo, que aborresce todos los pecados del mundo, y por consiguiente mas le agradó aquel sacrificio de Hijo tan amado, que le desagradaron todos los pecados del mundo; y mas servido y honrado quedó con este servicio, que ofendido con todos nuestros pecados. Y porque la vida deste clementísimo Redemptor valía mas que todas las vidas de los hijos de Adam, porque era vida divina, de aquí es que mucho mas fué lo que este Señor ofresció á su Padre, dándole su vida, que cuanto los hombres le quitaron, cuanto era de su parte, con su malicia.

Destá manera pues este clementísimo Redemptor satisfizo en general y en particular por todas nuestras culpas, y con esta tan copiosa redempcion quitó el muro de division que había entre Dios y los hombres, que eran los pecados; y con esto nos reconcilió con él, y amansó el furor y ira que contra nosotros tenía concebida (k). En figura de lo cual leemos (l), que así como el profeta Jonas fué echado en la mar, luego la mar, que andaba muy brava, súbitamente se sosegó; así en cayendo nuestro verdadero Jonas en la mar de sus angustias y pasiones, cesó luego el furor de la ira y indignacion divina. Y así luego abrió él las puertas del cielo aun á los

(h) Heb. 2. (i) Psalm. 5. (k) Ephes. 2. (l) Jonæ 1.

ladrones, las cuales habían estado cerradas desde el principio del mundo aun á los muy sanctos (m). Luego envió al Espíritu Sancto (n) con todas las riquezas de sus dones y gracias, y especialmente con el don de las lenguas, para que Dios, que en solo el rincón de Judea era conocido y adorado, lo fuese en todas las naciones del mundo (o). Y luego el Salvador dió poder á sus discípulos para perdonar pecados (p), pues él había ya satisfecho por ellos, y les mandó que fuesen por todo el mundo, y predicasen la buena nueva y gracia del Evangelio (q), que es, como Sant Crisóstomo declara (r), perdon de pecados, y satisfaccion de las penas debidas por ellos, sanctificacion de los hombres, justicia, redempcion, adopcion de hijos de Dios, heredad del reino del cielo, y hermandad con el mismo Hijo de Dios. Estos y otros innumerables bienes contiene en sí el Evangelio, y este manda el Salvador predicar á toda criatura, sin haber diferencia de judío ni gentil.

Mas acerca de lo dicho podrá alguno preguntar, ¿cuál sea la causa por que estando ya satisfecha tan cumplidamente la deuda del género humano por el sacrificio de Cristo, y merecido el perdon de los pecados, hay tantos que están por perdonar, y que perseveran mucho tiempo en pecados? A esto respondemos que no nasce esto del defecto de la satisfaccion de Cristo (que fué perfectísima), sino de la mala voluntad del hombre, por la cual quiere perseverar en su pecado, y ni se dispone, ni aun quiere recibir el perdon dél. Porque notoria cosa es que el sol (cuanto es de su parte) alumbrá á todo el mundo; mas si yo cierro todas las puertas por donde me ha de entrar la luz, en mí está la falta, y no en él. Pues lo mismo decimos de la satisfaccion de Cristo, que basta para mil mundos; mas la culpa es del que nó se dispone para la recibir.

Donde se debe notar que es regla de filosofía que las causas universales no comunican su virtud y sus influencias, sino por medio de otras particulares. Y así vemos que el sol cria todas las plantas; mas si el labrador no sembrare trigo ó cebada, no nacerá uno ni otro. Pues así decimos que la Pasion de nuestro Redemptor es la causa universal de todos los bienes espirituales que se han dado y darán siempre; mas es menester que entrevenga aquí otra causa particular, que es disponerme yo, para que por este medio se me aplique la gracia y el perdon que él nos ganó.

### CAPITULO V.

De la promptitud y alegría con que el Hijo de Dios se ofresció á todos los trabajos que se requerian para obrar el negocio de nuestra redempcion.

Tenemos hasta aquí declarado cómo el mas excelente medio que la divina sabiduría escogió para obrar la salud del género humano, fué juntarse el Verbo divino con la naturaleza humana en una persona. Resta agora ver con qué promptitud de ánimo, y con qué voluntad y alegría se ofresció este Señor á esta obra.

Y para entender esto desde sus primeros principios, conviene saber que esta union y junta del Verbo divino con la naturaleza humana, se celebró en el vientre virginal de nuestra Señora. Porque acabando el ángel de proponer su embajada, y dando la Virgen su consentimiento, luego en ese punto fué criada aquella sacratí-

(m) Luc. 25. (n) Act. 2. (o) Act. 2. (p) Joan. 20. (q) Marc. ult. (r) In cap. 4. Matth. Homil. 8. in med. tom. 2.

sima humanidad, y unida por una inefable manera con la persona del Verbo divino, con tan estrecho vínculo, que en ambas naturalezas no hay mas que una sola persona. Y conforme á esta dignidad, que es la mayor de cuantas Dios puede dar, le fuéron dadas todas las gracias, y poderes, y riquezas que para tan alta dignidad se requerian, tan sin tasa ni medida, que si fuera posible agotarse el piélago de todos los tesoros y grandezas de Dios, aquí se agotarán. Y en este mismo punto vió aquella ánima sanctísima la divina esencia con la misma claridad y gloria que la ve agora, y en ella vió todas las riquezas y grandezas que había recibido de pura gracia, que es ante todo merecimiento.

Agora será razon contemplar cuál sería el amor con que esta ánima sanctísima amaría al dador de tantos bienes; mas esto sobrepaja á todo entendimiento criado y por criar; porque el amor fué tal, cual era la dignidad y gracia recibida, que era sin medida. Y cual era este amor, tal era el deseo de agradar, y servir, y cumplir la voluntad de quien así la había engrandescido y enriquecido, aunque para esto fuese necesario padecer mil cuentos de muertes.

Pues en este punto entendió este Señor que la voluntad del Padre era que fuese reparador, sanctificador, y redemptor del género humano, que por la culpa del primer hombre estaba caído, y que para esto amase los hombres con tan grande amor, y desease tanto su remedio, que ofresciese su vida en sacrificio para alcanzarles perdon de sus pecados, y reconciliarlos con Dios, y restituirles la gracia perdida. Y que con esto fundase en este mundo un nuevo reino, y una nueva república, y una congregacion de hombres muertos al mundo, y vivos á Dios (a). Los cuales conociendo la brevedad y inestabilidad desta vida, vivan en ella, no de asiento, sino como de prestado; no como en su patria, sino como en venta; no como vecinos y moradores deste mundo, sino como huéspedes y peregrinos en él; no como gente que tiene aquí su ciudad, sino como quien camina para otra que está por venir (b); unos hombres tan ofrescidos al servicio de su Criador, y á la guarda de sus mandamientos, que estén aparejados á padecer muerte ántes que quebrantar uno dellos; finalmente, unos hombres que aunque sean semejantes á los otros hombres mundanos en la naturaleza, sean tan diferentes en la vida, que así como aquellos emplean todos sus cuidados y estudios en procurar los bienes del cuerpo, sin tener cuenta con los del ánima, así estos por el contrario, todo su estudio y diligencia pongan en procurar los bienes del ánima, sin hacer caso de los del cuerpo, sino cuanto la necesidad lo requiere.

Pues este reino y esta nueva república poblada destes nuevos hombres, quiso el Padre eterno que su unigénito Hijo fundase en la tierra, á imitacion de la república del cielo, y que él fuese su caudillo, su fundador; su capitán, y la guia que fuese delante dellos, llevando la bandera de la Cruz en la mano, y enseñándoles el camino del cielo, no solo con palabras, sino mucho mas con obras y ejemplos de su vida sanctísima.

Declarada pues esta voluntad de toda la sanctísima Trinidad (que en este negocio entrevino), ¿quién podrá explicar con qué alegría, con qué obediencia, con qué promptitud de voluntad, con qué entrañas y deseos acceptaria este mandamiento aquella ánima sanctísima,

(a) Esal. 49. (b) Hebr. 15.